

GERARDO ESTRADA

LA UNAM Y EL INBA

La historia de la cultura mexicana ha estado ligada, desde la época colonial, a la historia de sus Universidades. A partir de los regímenes revolucionarios, la Secretaría de Educación y más tarde, desde 1946, el Instituto Nacional de Bellas Artes, ha compartido esta responsabilidad, que hoy, más que nunca, debe ser concebida como una tarea primordial para el logro de los objetivos de un desarrollo social equilibrado, justo y con miras a una mayor integración nacional.

Parece obvio, sobre todo en una reunión como ésta, insistir en la importancia de la cultura dentro de la vida social, pero me parece que hoy, más que nunca, debe destacarse su significado, pues es una cuestión de vital trascendencia para el momento histórico que vive nuestro país.

En un momento en que las crisis sociales, derivadas de las crisis económicas, amenazan con explosiones violentas por parte de las grandes mayorías marginadas de los beneficios económicos y, en consecuencia, de la cultura y de la educación; en momentos en que el desarrollo tecnológico de los medios de comunicación ha fortalecido a quienes persiguen objetivos de manipulación y a la intervención de las grandes potencias en las naciones más débiles; en la situación en que estos mismos intereses presionan para que se desvíen nuestras formas de vivir, nuestras costumbres y nuestra historia en nombre de un proyecto abstracto para el futuro (y como dijera un novelista checoslovaco que recientemente estuvo en México —Milan Kundera— el gran trueque de la historia consiste en venderles a las naciones un futuro a cambio de su pasado); en estos momentos, pues, fortalecer los principios que funden nuestra nacionalidad con nuestra identidad histórica es tarea esencial, y eso es lo que se supone debemos hacer, quienes hemos asumido la responsabilidad de la difusión y extensión de la cultura.

Por otro lado, nunca como ahora, todos aquellos conceptos fundamentales, grandilocuentes, que un día adornaron los discursos políticos, son puestos en tela de juicio. Hay una crisis no sólo conceptual sino real de aquello que entendemos por cultura. A fuerza de identificar la cultura con la vida mundana y frívola de las clases privilegiadas, ésta parece convertirse en un adorno más de la vida multicolor de las páginas de sociales. En sus mejores momentos, la cultura parece ser la expresión folklórica mediante la que ciertos sectores encubren su mala conciencia frente a los grupos marginados.

A esta crisis habría que añadir el sentimiento de frustración, de desencanto que, frente a la actividad intelectual, existe hoy en el mundo. Se cree cada vez menos en que las posibilidades de la razón y del conocimiento científico puedan transformar la realidad que nos circunda. Hoy sabemos que no basta con proclamar el derecho a la educación para que, mágicamente la sociedad se transforme. Hoy sabemos que la lógica del capital, la del poder político, la de la dominación y la explotación rebasan constantemente la razón humana.

Razón esta última que no pretendemos definir en sentido estricto, pero que tampoco quisiéramos se entienda como el llamado a un humanismo abstracto, en el cual se haga tabla rasa de las desigualdades histórico-sociales. Lo que queremos es referirnos, simplemente, a ese intento milenario, objeto de la preocupación de filósofos, políticos, historiadores, etc., de buscar el bienestar de la humanidad.

En este panorama, que algunos calificarían de apocalíptico y al cual podrían sumar ciertamente muchísimos hechos más (que van desde el sentimiento de frustración que parece invadir a los habitantes de las grandes urbes, hasta la destrucción ecológica que a nombre del progreso hacemos) hay, sin embargo, un oasis de tranquilidad y de respiro, de confianza y optimismo que

los hombres encuentran al contemplar la belleza que ellos mismos han sabido construir. Bastaría quizá, con que en el fragor del tránsito cotidiano, el peatón pudiera detenerse a contemplar una hermosa fachada, a oír a un grupo de músicos callejeros interpretar alguna melodía, y pensar en que, de alguna manera, es posible sumar esfuerzos y encontrar nuevos caminos para combatir la fealdad, el desamor que parece rodearnos.

He aquí donde reside el reto y la fascinación frente a la tarea que nos ha sido encomendada.

Difundir la cultura es hoy en México una obligación social que, como ninguna, puede inscribirse en el marco de las decisiones que determinan el sentido de nuestra historia.

Pero precisamente por los problemas y los retos de que hemos hablado al principio, es que esta tarea, hoy complicada y difícil, requiere de toda nuestra imaginación y talento.

Con una población de 60 millones de habitantes, habitantes de los cuales son prácticamente analfabetas el 25% y funcionalmente analfabetas el 75%; con un porcentaje mínimo de población que tiene acceso a los centros de enseñanza superior; con sólo 260 librerías en todo el país, compitiendo con el poder enajenante y mercantil de medios de comunicación, cuyo objetivo único es el consumo, resulta doblemente difícil difundir la cultura. Pareciera, a primera vista, que México es un terreno fértil para estas tareas, debido a sus condiciones casi virginales. Sin embargo, no podemos olvidar que quienes más combaten la cultura, que quienes más la juzgan y la tachan de artículo de ornato son aquéllos que han propiciado, y se han visto favorecidos por estas situaciones de injusticia y quienes encuentran en la cultura un enemigo de sus intereses.

Las ideas y la sensibilidad sólo pueden fortalecerse y desarrollarse ahí, donde existen la libertad y la justicia.

La historia de la cultura está llena de relatos en la literatura y en la vida real, donde las acciones de grupos privilegiados, de dictadores de todo tipo, se oponen a las labores culturales, y que, primero que nada, cierran las universidades, persiguen a los actores y clausuran las imprentas.

Tampoco podemos pecar de ingenuos y olvidar que la cultura puede ser utilizada en un sentido inverso a sí mismo. No hay escenas más evidentes ni más contradictorias que aquéllas que nos muestran a los generales nazis gozando la música de Beethoven y de Wagner, interpretada por prisioneros judíos que pronto serán exterminados.

La obra creativa, a veces, sin ser ese su objetivo, sirve a fines destructores. Esta situación propone varias preguntas, que difícilmente podría yo solo contestar, y cuya respuesta, en última instancia, nos corresponde dar entre todos, pero, sobre todo, debería ser ofrecida por quéllos quienes pretendemos orientar o dirigir en nuestro trabajo.

¿Qué cultura difundir, cómo difundirla, con qué objetivos difundirla, a quienes dirigirla? Es a partir de estas interrogantes, sacadas a la luz en una reunión como ésta, que se comienza a plantear la posibilidad de un hecho que será altamente significativo en la historia cultural de nuestro país. La invitación generosa de Juan José Bremer para que en esta reunión de trabajo participe la UNAM, y el convenio firmado entre ambas instituciones y que comienza ya a dar sus frutos, demuestran el reconocimiento de que en la lucha de estas tareas no puede ni debe existir la competencia entre las instituciones cuya función y objetivos son no sólo compatibles y complementarios, sino hasta idénticos.

A veces, por situaciones que a mí me parecen mezquinas, se ha establecido una feroz competencia entre varias instituciones por presentar un grupo de baile, un concierto o por tener un

mayor número de espectáculos. Esta situación me recuerda mucho esa escena ridícula, si no dramática, que los habitantes de la ciudad de México hemos presenciado varias veces, cuando los socorristas de la Cruz Roja o de la Cruz Verde se disputan el derecho de atender un herido que agoniza.

Yo creo que persisten la ignorancia y la incultura en nuestro país, que hay poco reconocimiento a las tareas y a las labores creativas de millones de mexicanos; yo creo que hay una gran demanda por asistir a conciertos, teatros, conferencias, cines, discusiones; por aprender música, teatro, danza, etc. Luego entonces ¿por qué la competencia?

Esto sólo se explica cuando se pretende utilizar la cultura como un mecanismo de control y manipulación política o cuando se pretende usarla como una forma de relaciones públicas, de ascenso político o cuando lo único que se pretende es convertirse en bufones del príncipe.

Por eso, cuando instituciones como el Instituto Nacional de Bellas Artes y la UNAM, y seguramente esto es válido para las Casas de la Cultura y las universidades de provincia, se reúnen para intercambiar experiencias, para realizar proyectos comunes, estamos precisamente desmistificando la cultura dejando de convertirla en un privilegio y recuperando su sentido original.

La política descentralizadora del INBA, el fortalecimiento de las casas de cultura en provincia, que coincide con el interés de la UNAM por fortalecer su programa de intercambio, siguiendo las instrucciones del Rector de la UNAM, doctor Guillermo Soberón Acevedo, programa que en esta reunión me es grato anunciar que habremos de ampliar para 1980, a estas casas de la cultura, muestra la toma de conciencia de que no es posible pensar más en una cultura QUE SE DIFUNDE Y EXPANDE del centro a las comunidades de provincia, sino que parte de acoger la diversidad y la riqueza de nuestro horizonte cultural; de que no hay una cultura sino que hay diversas formas de expresiones culturales que corresponden a especificidades geográficas e históricas cuya expresión inicial está en los hechos de la vida cotidiana; nuestra forma de comer, de vestir, de construir nuestras casas, de hacer nuestra vida social y que se continúan en nuestras formas de cantar, danzar o utilizar la palabra. Se demuestra que, sin el reconocimiento de estas especificidades, a las cuales en nuestro tiempo habría que sumar los matices y las formas que determinan las vivencias de clase, no puede haber una política cultural moderna y eficaz para el momento histórico en que vivimos.

Pretender, como se ha pretendido en la arquitectura, copiar en las ciudades de provincia las barbaridades que a veces se cometen con la ciudad de México es el resultado de políticas culturales ciegas ante el carácter original y genuino de las otras regiones. Quizás, la tarea más importante de la difusión cultural sea hoy la del reconocimiento de las obras de los demás y de sus valores.

En este sentido, pienso que el trabajo de la UNAM y del INBA pueden enriquecerse mutuamente. La Universidad con sus peculiaridades estructurales puede construir y crear en un clima alejado de vicisitudes sociales y políticas, puede abstraerse del tiempo y dedicarse a tareas y a problemas cuya solución no es para mañana.

Nuestra forma de actuar es un compromiso a largo plazo, la larga tarea de investigar y crear sólo puede ser concebida con el privilegio de la autonomía. Pero, esto mismo que es una ventaja, puede operar en sentido contrario y de hecho a veces nos ha llevado a realizar cosas que están lejos de la realidad, ya no sólo inmediata sino a veces hasta sin un sentido de este desarrollo histórico del cual pretendemos ser los más fieles intérpretes y su vanguardia.

Un organismo como el INBA, en cuya función se inscribe la obligación del Estado de dar educación gratuita a todos los mexicanos y proporcionarles acceso a la cultura, fomentando y estimulando la creación y la investigación artística, así como educando en estas áreas a las nuevas generaciones, como un derivado lógico del Artículo 3o. constitucional, se encuentra enfrentando, todos los días, a demandas concretas, a problemas de solución inmediata, a buscar en su actividad las formas más eficaces de satisfacer las necesidades sociales. A través de sus

casas de la cultura cumple con la tarea de fortalecer y desarrollar estas expresiones a niveles regionales.

El Estado Mexicano ha confiado a dos instituciones estas tareas: a las Universidades y al INBA. Somos los responsables de que se cumplan los objetivos de: extender los beneficios de la cultura a un mayor número de mexicanos; de apoyar y proyectar más expresiones culturales locales; de fomentar y difundir la creación de obras de artistas mexicanos y, sin que esto sea explícito en ningún lado, de garantizar el clima de libertad y posibilidad de estas actividades en el contexto de las leyes que nos rigen. Somos el instrumento que el Estado ha creado para garantizar que todos los mexicanos tengan acceso a la cultura y a la educación.

Si no cumplimos acertada y eficazmente con estas tareas, si las convertimos en mecanismos de ascenso y competencia política y social, o peor aún, en formas de manipulación y control de acumulación económica, estamos desviándonos del objetivo fundamental para el que fueron creados.

Las vicisitudes de la política y de la sociedad, si bien no nos pueden ser ajenas, tampoco podemos permitir que se nos impongan y nos determinen. La creación y la difusión de la obra de arte, entendiendo por ésta, toda creación humana que trasciende los usos utilitaristas temporales, es la misión esencial de quienes difunden la cultura y ella no puede ser más fiel a su valor estético y a su valor social, que cuando esta fidelidad se cumple y no es subsumida a intereses determinados. Garantizar que esto pueda seguir existiendo en nuestro país es tarea que nos compete, porque no podemos caer en el juego de quienes lo usan para fines temporales.

Las Universidades y el INBA tienen ya un largo historial y una larga experiencia que ha producido enormes riquezas para México. Debemos pues, unir nuestros esfuerzos para lograr mejor estos objetivos. Podemos y debemos buscar el apoyo y la colaboración con otras instituciones.

No pretendemos ser los monopolizadores de la vida cultural, pero debemos ser, por nuestras características, quienes garanticemos con nuestra actividad institucional que los recursos económicos y humanos, que la nación genera, no sirvan a un solo interés político y social, sino que garanticen la pluralidad y la diversidad de estas experiencias culturales. La libertad de cátedra y la autonomía universitaria son principios de los cuales se pueden extraer experiencias válidas para estas tareas.

Del enfrentamiento cotidiano a problemas concretos que el INBA y sus Casas de Cultura realizan es necesario aprender, pues son ustedes los que viven de manera más directa las necesidades de los trabajadores, los campesinos, los ciudadanos comunes y corrientes. Cuando la labor de ustedes transforma poco a poco la vida de una comunidad, cuando comienzan a surgir grupos de música, teatro, danza por todos lados, es cuando la política cultural tiene sentido.

Para lograrlo me permito proponer que en el marco de reuniones como ésta, y en la que la semana próxima se llevará a cabo en Hermosillo, Sonora, entre los organismos de Difusión Cultural de las Universidades, se vayan discutiendo algunos temas que permitan que en un futuro próximo junto con otros organismos que hacen las mismas tareas, podamos proponer un modelo de política cultural que sirva de marco de referencia a nuestras actividades.

Paradójicamente, estoy convencido de que sólo habremos cumplido nuestras tareas cuando dejemos de ser necesarios. Cuando cada comunidad, cada grupo o institución social sea una meta generada de cultura.

Cuando cada ciudadano pueda desarrollar todas sus facultades y se cumpla el ideal del hombre que pesca, cultiva y pinta y canta.

Sabemos que el lograrlo depende de muchos factores que nos parecen ajenos, pero hoy, más que nunca, hay que estar convencidos que el poder creador del hombre es todavía superior a su potencialidad destructiva.

En esta lucha entre Eros y Tanatos, nosotros debemos ser combatientes de primera fila para lograr que el ideal del Siglo de las Luces se convierta en nuestros días en una realidad imperecedera.